

Bésame siempre

Raquel G. Estruch



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#besamesiempre

Colección: Tombooktu Chicklit
www.chicklit.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Bésame siempre*
Autor: © Raquel G. Estruch

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño de cubierta: eXpresio estudio creativo

Copyright de la presente edición en lengua castellana:
© 2015 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-78-9
ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-15747-79-6
ISBN Digital: 978-84-15747-80-2
Fecha de publicación: Noviembre 2015

Impreso en España
Imprime: Servicepoint
Depósito legal: M-30546-2015

A Manuel Carrasco, Tarifa Plana y Vanesa Martín
por haber mimado mi inspiración durante este largo viaje.

A mis Genuinas de Facebook y Twitter.
A los librerías de los que tanto he aprendido y que me han apoyado siempre.
¡¡Os quiero!!

A mis niñas de Barcelona. Gracias por existir.

A mi «S», simplemente... el amor de mi vida. Te quiero, siempre.

Índice



| | |
|-------------------|-----|
| Capítulo 1. | 11 |
| Capítulo 2. | 15 |
| Capítulo 3. | 37 |
| Capítulo 4. | 49 |
| Capítulo 5. | 61 |
| Capítulo 6. | 75 |
| Capítulo 7. | 97 |
| Capítulo 8. | 109 |
| Capítulo 9. | 133 |
| Capítulo 10. | 145 |
| Capítulo 11. | 161 |
| Capítulo 12. | 185 |
| Capítulo 13. | 197 |
| Capítulo 14. | 205 |

| | |
|-------------------|-----|
| Capítulo 15. | 219 |
| Capítulo 16. | 239 |
| Capítulo 17. | 263 |
| Capítulo 18. | 283 |
| Capítulo 19. | 299 |
| Capítulo 20. | 311 |
| Capítulo 21. | 319 |
| Capítulo 22. | 329 |
| Capítulo 23. | 339 |
| Capítulo 24. | 365 |
| Capítulo 25. | 375 |
| Capítulo 26. | 385 |

1



Óscar:

Te propongo una copa de vino y conversación sin complicaciones. Estaré a las 14h en la bodega de la calle Aribau. No te guardaré ningún rencor si decides no venir.

La vida podía haberme preparado para muchas cosas durante los últimos meses, pero sin duda alguna no lo había hecho para recibir un mensaje como aquel. A medida que lo leí fui pasando de la sorpresa más absoluta al enfado monumental. ¿Por qué me escribía ahora? ¿Qué era lo que quería? ¿Acaso no le había dejado claro que no deseaba que nos viéramos más? Y lo que me preocupaba por encima de todo, ¿cómo era posible que mi corazón se hubiera acelerado de aquel modo con tan sólo dos frases? Consulté la hora y me di cuenta de que era más de la una. Si quería acudir a la cita que Óscar me proponía tenía el tiempo justo para subir a casa, cambiarme de ropa y llegar a la bodega en cuestión.

Volví a meter el móvil en el bolso, saqué mi *e-book* y empecé a leer. Traté de concentrarme en la novela que tenía frente a mis ojos, pero consultaba el reloj casi cada minuto. Cuando apenas faltaban quince para las dos de la tarde me levanté de la silla bastante cabreada conmigo misma, bajé hasta el Paralelo y paré un taxi. Si el tráfico estaba bien a aquella hora del día llegaría puntual a la calle Aribau. Me acomodé en la parte trasera del

coche y resoplé. Estaba confundida, sorprendida e indignada. ¿Qué estaba haciendo y por qué no me había quedado tranquilamente leyendo? Pero, al mismo tiempo, no podía evitar pensar qué tenía de malo tomarme una sola copa de vino con él para volver a dejarle las cosas claras, porque era obvio que no se había enterado de nada.

Cuando entré en la bodega agradecí el ambiente fresco y tranquilo que se respiraba allí. Yo tenía la respiración bastante acelerada y las manos me temblaban, de modo que entrar en un sitio con relativamente poca gente me ayudó bastante. Estaba a punto de sentarme en la barra pensando que Óscar no había llegado cuando lo volví a sentir. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Me di la vuelta y después de buscar con detenimiento por todo el local, lo encontré sentado en una pequeña mesa al final del todo. En cuanto nuestras miradas se encontraron sentí una presión en el centro del pecho y un cosquilleo en la parte baja de mi vientre. Me reprimí por tener aquel tipo de sentimientos hacia una persona que ya no formaba parte de mi vida. Aun así le sonreí y empecé a caminar hacia el lugar en el que estaba sentado.

—No tenía muy claro si vendrías —dijo al tiempo que se acercaba a mí y dejaba un beso en cada una de mis mejillas—. Pero me alegro de que lo hayas hecho —añadió con una sonrisa que hubiera derretido a cualquiera.

—Si te digo la verdad, no sé muy bien qué hago aquí. Pero ya que he venido espero que, al menos, el vino sea bueno —respondí tratando de tranquilizarme un poco.

—Lo es. Pruébalo. —Óscar acercó su copa a mis labios y luego la inclinó para que pudiera saborear el vino. No sé muy bien por qué, pero aquel gesto me pareció tremendamente erótico. En realidad todo en él lo era—. ¿Te quedas? —preguntó tras observarme en silencio durante varios minutos.

—Sí —respondí y me senté frente a él en la mesa.

Enseguida vi como le hacía un sutil gesto al camarero. Poco después tenía frente a mí una copa del mismo vino tinto que había probado. Sujeté la base de la copa para que no advirtiera que seguía temblando y conseguí reunir las fuerzas suficientes para mirarle directamente a los ojos.

—Para qué querías verme —dije sin pensármelo dos veces.

—Para nada en concreto. Simplemente he pensado que nos podíamos tomar una copa como dos buenos... amigos —respondió sin apartar la vista de mí.

—Tú y yo hemos podido ser muchas cosas, pero creo que el término amigos no se puede aplicar a la relación que hemos mantenido.

—¿Por qué?

—Los amigos se quieren, se preocupan los unos por los otros y respetan las decisiones de los demás —respondí casi de carrerilla.

—Y tú y yo no hacemos eso —dijo mientras sus dedos acariciaban el borde de la copa.

—Especialmente tú.

—Marga... —su tono de voz era tan tierno que fui incapaz de articular palabra— no tengo la intención ni de que discutamos ni mucho menos de inmiscuirme en tu vida. Sólo he pensado que ya que estás aquí podíamos charlar tranquilamente, como personas que han sido importantes la una para la otra y que han decidido continuar con sus vidas por separado.

—Eso te ha quedado muy poético pero, ¿es cierto? —dije sintiendo cómo la rabia se abría paso en mi interior.

—Completamente. La última vez que nos vimos te encargaste de dejarme claro que no querías saber nada de mí. Decidiste sacarme de tu vida y yo lo he respetado.

—Hasta ahora... —respondí con dureza.

—No. Siempre —dijo tratando de acercarse a mí.

—¿Estás seguro?

—Sí. Ni te he llamado, ni te he escrito ni he ido a verte, aunque durante semanas me he vuelto loco tratando de encontrar una explicación lógica a todo lo que ha pasado entre nosotros. No me he puesto en contacto contigo de ninguna manera para que me dieras más detalles sobre las razones que te habían llevado a pensar que lo que existía entre tú y yo no tenía ningún futuro. Sí Marga. Creo que he sido tremendamente respetuoso con tu decisión y con el modo en el que has decidido vivir tu vida sin mí.

Aquellas palabras de Óscar me dejaron bastante fuera de juego porque no las esperaba en absoluto. ¿Era cierto que le había dejado tan al margen como él pretendía hacerme creer? Sí que había intentado dejar claro que no lo quería en mi vida. Sin embargo, él no tenía ni la más mínima idea de cuántas veces me

había despertado en mitad de la noche embriagada por un aroma a canela y limón para después comprobar que él no estaba allí. Tampoco le había explicado cómo, en los momentos en los que necesitaba aferrarme a algún recuerdo intenso para motivarme a la hora de trabajar, sólo necesitaba cerrar los ojos y regresar a una noche en lo alto del Tibidabo o a un simple paseo por la playa. Tampoco sabía cómo, en ocasiones, sentía que una corriente eléctrica me recorría desde la nuca hasta la cintura porque, por muy lejos que estuviéramos, me sentía unida a él de un modo que ni siquiera era capaz de entender.

Pero no nos adelantemos a los acontecimientos porque, antes de que aquel encuentro entre nosotros se produjera habían pasado muchísimas otras cosas...

2



Antes de subirme al avión que me llevaba de regreso a Benidorm les escribí un mensaje a las chicas. Todo había sido tan estupendo en la fiesta que se había organizado con motivo de la publicación de mi novela que quería agradecerérselo. Fue entonces cuando me di cuenta de que Óscar me había escrito. Leí el wasap y sentí nervios en la boca del estómago. No estaba dispuesta a que nada ni nadie me fastidiara el gran momento profesional que estaba atravesando. Aun así no pude evitar que se me instalara una sensación de desasosiego. Me costaba creer que volviera a la carga después de todo lo que le había dicho hacía unas pocas horas. ¿Qué se suponía que tenía que hacer para que Óscar entendiera de una vez por todas que lo nuestro no tenía ningún futuro?

Habíamos pasado un tiempo espléndido juntos, y hubo un momento en el que incluso parecía que nuestra relación iba a ser posible. Después la vida se había encargado de demostrarnos a los dos todo lo contrario. Las verdades a medias, no tener claro hacia dónde queríamos ir y, probablemente, la confusión en la que yo me había sumido después de que Andrés me dejara nos habían conducido hasta el punto en el que estábamos ahora. Y ese era, precisamente, el de querer regresar a Benidorm junto a un hombre que me hacía feliz.

Lo último que me apetecía en un momento tan importante de mi vida como el que estaba viviendo era volver a pensar en las mismas cuestiones sobre las que ya había reflexionado una y mil

veces. Estaba convencida de que lo que me merecía en aquel instante era disfrutar y vivir el momento como mejor me pareciera. Por esa razón ni me molesté en responder. Me limité a guardar el teléfono de nuevo en el bolso, cerrar los ojos y prepararme para mi regreso a Benidorm.

Me di cuenta de lo muchísimo que había echado de menos a David cuando lo abracé en el aeropuerto. Las emociones de la noche anterior habían sido tan intensas que ni siquiera había tenido tiempo de asimilar que él se había perdido uno de los instantes más mágicos de mi vida. Apreté mi cuerpo contra el suyo y me dejé envolver por la seguridad que me daba estar entre sus brazos. Enseguida busqué sus labios y le besé primero con ternura y luego con desesperación. Si no hubiera sido porque estábamos en un lugar público creo que hubiéramos terminado practicando sexo de manera salvaje.

Tenía un montón de cosas que contarle. Estaba convencida de que querría conocer todos los detalles sobre la presentación de mi novela y suponía que también estaría interesado en saber cómo habían ido las cosas en la súper fiesta que se había prolongado casi hasta la hora de salida de mi vuelo. La verdad era que, desde hacía bastantes horas, estaba en una burbuja de completa felicidad. Las cosas no habían podido ir mejor en Barcelona. Había tenido la ocasión de compartir uno de los momentos más especiales de mi vida con casi toda la gente que me quería. Sabía lo mal que David se sentía por no haber podido estar conmigo. Por eso tenía pensado contárselo todo. Bueno, en realidad, no iba a explicarle la noche al completo. En mis planes no entraba mencionar a Óscar.

Hacía algún tiempo que había tomado la decisión de no compartir con David ninguna información que estuviera relacionada con otro hombre. Nuestra relación había empezado como una simple amistad, pero había evolucionado hasta convertirse en algo mucho más intenso. En los últimos tiempos la vida me había enseñado que los hombres no estaban interesados en conocer la existencia de otros cuando quieren conquistar a una mujer. Además mi relación con Óscar había muerto por completo hacía unas horas. Al pensar en aquello sentí una mezcla de alivio y nostalgia. Apreté los ojos con fuerza y traté de centrarme en el presente. El futuro más inmediato que tenía por delante parecía

de lo más estupendo. ¿Por qué no concentrar todas mis energías en disfrutarlo?

—¡Qué ganas tenía de que volvieras! —dijo David sin dejar de abrazarme con fuerza.

—¿Tenías miedo de que no regresara?

—No exactamente... —respondió un poco dubitativo.

Me aparté ligeramente para observarlo. Tenía los ojos de un azul tan claro que, por un instante, llegué a pensar que se le iban a diluir por completo. Le acompañaba una expresión en la cara que no supe exactamente cómo descifrar, aunque pude percibir con claridad que le preocupaba algo como lo que yo le acababa de decir.

—¿Qué te preocupa? —dije sin perder el contacto visual con él.

—Ahora ya nada. —David me sonrió y acercó sus labios a los míos con intención de besarme.

—Sé que hay algo que te ronda por la mente. Dímelo, por favor.

—En serio no es nada. Sólo es que me pone un poco nervioso estar alejado de ti —dijo casi en un susurro.

—Vaya... —En aquel momento sentí una mezcla de tristeza y alegría. No quería que David se preocupase pero, al mismo tiempo, saber que había estado pensando en mí durante mi ausencia me hacía sentir que formaba parte de su vida.

—Tal vez no tenga demasiado sentido. A lo mejor es muy pronto para todo esto, pero lo cierto es que me he acostumbrado tanto a tenerte a mi lado que ya no sé qué hacer cuando no estás.

Noté cómo las piernas me empezaban a temblar. No estaba preparada para escuchar aquellas palabras. Al menos no tan pronto. Un montón de pensamientos acudieron a mi mente y las emociones se agolparon en el centro de mi pecho. Estaba orgullosa por lo que acababa de escuchar. ¿Quién no? Sin embargo también me invadió el nerviosismo. ¿En realidad quería que David sintiera algo así por mí? Después de todo lo que había vivido con Andrés y con Óscar, ¿estaba preparada para meterme en una relación que prometía ser seria y duradera? Las palabras no me salían de la boca así que opté por dejar que David siguiera hablando.

—Marga... Sé que tal vez todo esto puede parecer muy precipitado, pero he estado pensándolo mucho durante las últimas horas. Te has convertido en alguien muy importante y

sería un imbécil si dejara escapar esta oportunidad que me está dando la vida.

—¿A qué te refieres exactamente? —dije mientras sentía cómo el pulso se me aceleraba todavía más.

—Lo que trato de decirte es que te has convertido en una persona imprescindible en mi vida, y me gustaría saber si tú sientes lo mismo por mí.

He de confesar que me sentí halagada por todo aquel despliegue de cariño y ternura. Tenía delante a un hombre fantástico que acababa de confesar en voz alta sus emociones. Le miré de nuevo a los ojos y todo su ser fue tan transparente para mí que me conmovió. Seguía sin palabras pero, con un simple gesto, sellé el que sería el principio de una relación completamente distinta entre nosotros. David entreabrió los labios para recibir los míos y me abrazó con tanta fuerza que incluso me costaba respirar.

En el coche de regreso a Benidorm le estuve contando como había ido la fiesta y admití, un poco entre dientes, que le había echado de menos. En especial en aquellos momentos en los que veía a Montse tan feliz al lado de Rubén y no podía evitar preguntarme si algún día yo sería capaz de tener algo parecido a lo que ellos dos parecían compartir. También le expliqué, con el máximo detalle, todo lo que se había perdido. De igual modo le intenté transmitir tanto los nervios como la felicidad que me habían durado casi todo el día. No mencioné a Óscar. ¿De qué me iba a servir contarle que había puesto punto y final a una historia con un hombre al que él ni siquiera había conocido? Siempre había intentado ser sincera con todas mis parejas pero no veía que el hecho de explicarle mis idas y venidas con otro hombre fuera a aportar nada a nuestra relación. Sobre todo porque aquello ya se había terminado.

Durante unos minutos permanecí en silencio reflexionando sobre este tema. Me sentía satisfecha por el modo en el que había tratado el asunto con Óscar. No había dejado de quererle de la noche a la mañana y, conociéndome, era más que probable que no lo hiciera nunca. Él había llegado a mi vida en un momento muy especial y, aunque lo había pasado mal, tenía que admitir que estar a su lado me había hecho ver el mundo de una forma distinta. Aunque lo más importante del tiempo que había pasado con Óscar había sido todo lo que había descubierto tanto del

sexo como de mí misma. Me sentía orgullosa de la mujer que había sido a su lado. Una Marga que, hasta que él llegó, no se había atrevido ni siquiera a asomarse un poco. Sabía que mucho de aquello era gracias a mí. Al mismo tiempo era consciente de cómo había crecido junto a él. Aunque las cosas entre nosotros no hubieran terminado precisamente bien no podía quitarle la parte del mérito que sabía que tenía.

Miré a David, que estaba concentrado en la carretera. Tal y como era habitual en él había decidido respetar mi silencio a pesar de que yo sabía que, en el fondo, se moría de ganas de saber todos los detalles sobre lo que había sucedido la noche anterior. Mientras le contemplaba pensé en las palabras que me acababa de decir en el aeropuerto. Tenía que admitir que me había conmovido. ¿A quién no le tocaría en lo más hondo asistir a una declaración de intenciones como la que él acababa de hacer? ¿Qué les pasaba a los hombres? ¿Por qué en sólo unos meses había pasado de estar hundida porque uno de ellos me había dejado a tener que quitármelos de encima? Iba a tener que preguntarle a Montse cómo lo hacía ella en los tiempos en que los hombres desfilaban por su vida como los gin-tonics en una de nuestras fiestas.

Casi sin darme cuenta los pensamientos me llevaron a Óscar y a todo lo que había pasado. Me sentí fenomenal después de hablar con él y dejarle claro que me importaba tres pimientos lo que le ocurriera a partir de aquel momento. Tal y como le había dicho, tenía a un hombre maravilloso esperando en Benidorm con quien aún no sabía hacia dónde iba pero con el que me sentía muy a gusto. Fue en aquel instante cuando caí en la cuenta precisamente de eso. En todo el tiempo que llevaba con David no había pensado ni una sola vez en qué estaba pasando entre nosotros. Sólo me había preocupado por sentirme bien y disfrutar de todo aquello que la vida nos había ido trayendo. Tenía que admitir que esta nueva actitud, al menos frente a los hombres, me había hecho sentir mucho mejor. También me había servido para descubrir una parte de mí que desconocía. La Marga capaz de vivir despreocupada y que se dejaba llevar por las cosas, pero sin llegar a perder la cabeza del todo tal y como me había pasado con Óscar.

Ahí estaba de nuevo aquel nombre... ¿Era consciente de que había salido de mi vida definitivamente? ¿De verdad no quería volver a ver aquellos ojos verdes nunca más, ni respirar su

inconfundible aroma a canela y limón? Durante unos segundos me transporté a la última vez que había estado entre sus brazos, al último de los besos que me había dado. Toda mi piel respondió como si apenas hiciera unas horas de aquello cuando, en realidad, habían pasado semanas. Mientras recordaba debí de suspirar en voz alta porque, aún con los ojos cerrados, pude darme cuenta de que David me estaba mirando.

—¿Estás bien? —dijo mientras alargaba una mano y la dejaba caer con delicadeza sobre mi muslo.

—Sí —respondí.

—Parecías estar en otra parte... —David siempre tan observador.

—Estoy tan abrumada por todo —acerté a responder.

—Estarás cansada.

—Llevo acumuladas tantas emociones en las últimas horas que no he tenido ni tiempo para darme cuenta de eso —dije con una sonrisa en los labios.

—Bueno, ahora cuando lleguemos a Benidorm descansas.

Algo en el tono de voz de David me hizo pensar en que precisamente dormir no era lo que iba a hacer cuando pusiera un pie en mi ciudad. Enseguida sentí un escalofrío por todo el cuerpo y un ligero calor entre los muslos. Aunque ya llevaba algún tiempo con David, todavía me sorprendía la capacidad de mi cuerpo para reaccionar de aquel modo ante su presencia. Decidí no decir nada más y, mientras observaba el paisaje por la ventanilla del coche, sonreí. En el horizonte se alzaba, tan impresionante como siempre, el skyline de Benidorm. Enseguida me invadió la sensación de estar de nuevo en casa y me relajé por entero. Nunca antes las vistas de la ciudad habían causado ese efecto en mí. Era cierto que, en los últimos tiempos, me provocaba cierta felicidad aquel escenario, pero la tranquilidad que estaba experimentando ahora era nueva para mí. Y me gustaba. A nivel personal no tenía ni la más mínima idea de qué me deparaba el futuro más inmediato. Había dejado atrás a Óscar hacía tan sólo unas horas y ahora estaba sentada junto a un hombre con el que me sentía realmente a gusto, pero con el que no me había planteado nada en absoluto. Tal vez ese fuera el secreto de que nuestra relación fuera tan bien. Porque no me dedicaba a hacer planes ni a pensar qué iba a pasar dentro de un mes, seis o treinta. Si algo había aprendido de todo lo

que había vivido en los últimos tiempos era que yo tenía el control de mi vida. Dependía de mí hacia dónde quería ir, si me apetecía o no estar al lado de alguien y, lo más importante, si mi elección era no volver a tener pareja nunca más.

Por lo que respectaba a mi futuro profesional ya lo había visto claro la noche anterior. Nunca imaginé una respuesta como aquella por parte de la gente ante un libro escrito por mí. Ni siquiera estaba realmente convencida de que a mi entorno le pudiera interesar algo que yo hubiera sacado de mi cabeza. Pero, hacía tan sólo unas horas, había podido comprobar lo equivocada que estaba. Aun no me creía todo el apoyo y el cariño que había recibido de personas a las que no había visto en mi vida. Gente que se había tomado la molestia de leer la novela que había escrito y que quería compartir conmigo un momento tan importante como aquel. Afirmar que estaba ilusionada era quedarse corta, porque todo lo que había vivido el día anterior me había convencido todavía más de que debía seguir adelante con mi sueño. Tenía que hacer todo lo que estuviera en mi mano para continuar escribiendo novelas. Debía contar historias desde el corazón y disfrutar con ello.

—Pues ya hemos llegado —dijo David. Fue entonces cuando me di cuenta de que el coche estaba perfectamente aparcado frente al mar—. ¿En serio que estás bien? No es normal que estés tan callada.

—Estoy perfectamente. Es sólo que todavía me siento un poco sobrepasada por todo lo que pasó anoche. —Cuando terminé de hablar noté que a él le invadía de nuevo la tristeza—. Ey... no te pongas así. En ocasiones las cosas en la vida no suceden como nos gustaría. Lo más importante es que estamos aquí, ¿verdad?

En cuanto terminé de pronunciar aquellas palabras caí en la cuenta de lo que acababa de decir. ¿En serio había salido de mis labios algo como aquello? En cuanto miré a David a los ojos me di cuenta de que sí. Yo, Marga, había dicho algo lo suficientemente intenso como para conseguir que los ojos de aquel hombre tan espectacular que tenía sentado a mi lado se iluminaran como un árbol de Navidad.

Lo siguiente que sentí fueron los labios de David sobre los míos y entonces me di cuenta de que había estado necesitando algo como aquello desde hacía ya bastantes horas. Respondí a aquel beso con una pasión que incluso me sorprendió. Sentir su

lengua abriéndose paso hacia el interior de mi boca fue suficiente para dejarme llevar por todas las emociones contenidas de las últimas horas. En cuanto entró en contacto con la mía, la piel de todo mi cuerpo se erizó. En el mismo instante en el que David colocó una de sus manos sobre mi nuca sentí una descarga eléctrica sobre mi piel que me llevó a acercarme todavía más a él.

Podía notar la su humedad mezclándose con la mía. La calidez de su aliento llenándome por completo. Cerré los ojos con fuerza y me dejé invadir por aquella sensación maravillosa de no tener el control sobre ninguna parte de mí ni tampoco sobre mis pensamientos. Sin dejar de besarle traté de acariciarle, pero la postura que habíamos adoptado en el interior del coche no era la mejor para ello. Me removí inquieta en mi asiento y enseguida David separó sus labios de los míos.

—Estaremos mucho mejor en casa —dijo con una sonrisa mezcla de deseo y de cariño.

—Sí... creo que estoy mayor para hacer contorsionismo en el interior de un coche. —Mi voz sonaba entrecortada y llena de ganas de él.

David salió del coche. Mientras se acercaba a abrirme la puerta pude comprobar con satisfacción que estaba tanto o más excitado que yo. Lo único que me apetecía en aquel momento era que me llevara a su cama e hiciera conmigo lo que le diera la gana. Me moría de ganas de notarlo en mi interior, de sentir su lengua recorriendo cada centímetro de mí. Quería sentarme a horcajadas sobre él y ser yo quien marcara el ritmo de un sexo que ya se me antojaba maravilloso. Quería tantas cosas que, cuando David me tendió la mano para que saliera del coche, apenas podía caminar sin sentir una punzada de deseo en el centro de mi sexo.

Cuando nos metimos en casa pasé los brazos alrededor de su cuello y me dediqué a besarle con ansia. Enseguida pude notar como su peso me aprisionaba. Su erección se apretaba justo sobre mi cadera mientras que una de sus manos me acariciaba ya la piel por debajo de la ropa. Traté de corresponderle, pero apenas podía moverme. Él controlaba la situación y aquello me hizo sentir tremendamente húmeda porque se cumplía mi expectativa de que me manejara a su antojo. Seguimos besándonos, saboreándonos mientras las manos de David se perdían sobre mí. Sólo se separó un instante para mirarme a los ojos con aquella mezcla

de pasión contenida y ternura que tan loca me volvía mientras se deshacía de mis pantalones con una habilidad exquisita. En cuanto me tuvo medio desnuda frente a él volvió a dejarse caer sobre mí y empezó a recorrerme desde la garganta hasta el nacimiento del pecho con la punta de la lengua.

Cada vez que sentía el contacto de la saliva sobre mi piel un intenso hormigueo me recorría desde la base de la nuca, bajándome por la espalda hasta instalarse en la parte baja de mi vientre. Traté de moverme, de apretar mis muslos para alargar aquella sensación pero él tenía otros planes para mí. Con un movimiento de lo más rápido que yo había visto nunca, David colocó sus manos bajo mis nalgas, obligándome a subir las piernas hasta enroscarlas alrededor de su cintura. Seguía aprisionándome contra la pared y yo me aferré a sus hombros para conseguir mantener el equilibrio. Podía notarlo directamente contra mi sexo y un gemido se escapó de mi boca. Traté de mover las caderas con el fin de aumentar aquel roce a través de mi ropa interior pero él se separó unos centímetros de mi boca.

—No te muevas— dijo casi en un susurro, de forma tan sensual que pude notar a la perfección cómo mi sexo se contraía.

Le miré directamente a los ojos y me quedé perdida en ellos. Estaba fascinada por todo lo que encontré y, en especial, por aquella faceta desconocida de David. ¿De dónde había salido aquel ser que ordenaba y que no dejaba la más mínima duda ante el hecho de que yo debía obedecer? Palpitó de nuevo y, aunque mi orgullo me obligaba a responderle en aquel mismo instante, el interés por saber lo que vendría a continuación me obligó a mantener la boca cerrada, a permanecer tan inmóvil como la respiración agitada me lo permitía.

David volvió a dejarse caer sobre mí pero, en esta ocasión, su boca fue directamente hacia mis pechos. Al principio sólo pude notar una leve caricia sobre la ropa pero, a medida que pasaban los segundos, sentí su aliento directamente sobre mí. Me moría de ganas de quitarme la ropa, de eliminar aquella leve barrera que impedía que pudiera tener toda su piel a mi alcance. Pero sabía que aquello no iba a ser posible hasta que él lo decidiera. Tener esa certeza provocó que mi deseo fuera en aumento. Él seguía recorriéndome con una lentitud que sacaba al mismo tiempo lo peor y lo mejor de mí.

Poco a poco las caricias se fueron desplazando hacia la cintura, el ombligo y las caderas. Cada vez que sentía su boca rozar todo mi cuerpo me pedía a gritos que me moviera pero era consciente de que no podía hacerlo. De repente, David dejó de acariciarme. Yo abrí los ojos y le vi con aquella expresión que tanto me excitaba y que, a aquellas alturas, seguía sin saber interpretar. David alargó la mano y desenredó las piernas que yo tenía enganchadas alrededor de su cintura. Con mucha suavidad me dejó de pie en el suelo para, a continuación, darme la vuelta con fuerza y dejar mis pechos completamente pegados a la pared. De nuevo volví a preguntarme de dónde salía toda aquella pasión que nunca antes había visto en él. Durante unos segundos lo único que se podía escuchar en aquella habitación era mi respiración agitada y los jadeos intensos que se escapaban de mi boca. Ser tan consciente de aquello produjo que todo mi cuerpo reaccionara aún más. Podía notar las manos de David aferradas a mis caderas mientras sus labios jugaban en mi nuca. Me estremecía cada vez que eso sucedía y poco a poco fui perdiendo el control. Pasados unos minutos apenas podía sostener el peso de mi cuerpo, pero él había pensado en todo y, en el mismo instante en el que se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, pasó sus brazos alrededor de mi cintura y pude apoyarme sobre ellos. Pero mi alivio duró poco, porque en cuanto David se aseguró de que no iba a caerme al suelo empezó a pasear sus dedos justo por el inicio de mi pubis. Enseguida todo volvió a alterarse y sentí a la perfección cómo se intensificaba el hormigueo entre mis muslos. Lo único que deseaba en aquel momento era poder notar su piel directamente sobre mi sexo, llenándome y recorriéndome entera. Aquella espera me estaba matando. Nunca antes David me había hecho desear tanto el sexo como en aquel momento. Era cierto que siempre cuidaba cada detalle. Parecía encontrar un enorme placer en retrasar lo inevitable. Pero jamás se había comportado conmigo como lo estaba haciendo ahora. Yo me debatía entre la sorpresa y el más puro deseo.

No sé cuánto tiempo permanecemos así. Él mordiendo cada centímetro de mi piel y yo dejándome llevar hasta empezar a sentir que el mundo se alejaba por completo de nosotros. Cada vez que notaba sus dientes sobre mi cuello o mis hombros, un gemido intenso se escapaba de mi boca. En aquel momento no

me importaba nada porque lo único que quería era más de lo que David me estaba dando. No controlaba en absoluto la situación. No sabía lo que iba a pasar pero tampoco me importaba. Mis sensaciones se incrementaron cuando sentí sus dedos sobre mi sexo. De forma casi automática me moví buscando el máximo contacto posible con él. Sin embargo, en cuanto se percató de aquello dejó de moverse. Yo abrí los ojos y, aunque no podía girarme porque tenía todo el peso de su cuerpo sobre el mío, traté de protestar por aquella negación del placer a la que me estaba sometiendo. Por suerte para mí, recordé sus últimas palabras así como el tono en el que me había ordenado que no dijera nada. Me costó muchísimo guardar silencio y permanecer inmóvil. Era consciente de que no me daría todo lo que yo necesitaba si no me dejaba llevar por él. Así que respiré hondo y traté de concentrarme en el calor que sentía entre mis muslos. Cuando me relajé lo suficiente volví a notar los dedos de David trazando pequeños círculos sobre mis braguitas. En aquel momento conseguí mantenerme quieta a pesar de la excitación. Permití, sin cuestionarme nada más, que fuera él quien decidiera cómo y cuándo.

Él apretó su cuerpo todavía más contra el mío. Su sexo se clavaba tanto en una de mis nalgas que incluso me hacía daño. Pero en el fondo me gustaba. Un grito agudo se escapó de mi boca justo en el momento en el que un ruido seco y breve nos envolvió. No me costó demasiado identificarlo. Con una habilidad increíble David acababa de romperme las bragas con un solo movimiento. Sentir aquella fuerza sobre mi cuerpo hizo que toda la piel se me erizara y enseguida me concentré en pensar cómo sería el momento en el que decidiera penetrarme.

Por suerte, no tuve que esperar demasiado. Todavía no me había repuesto del efecto que había causado en mí el poder escuchar cómo se habían roto mis bragas entre sus manos cuando David se coló en mi interior fuerte, brusco y con cierta desesperación. Me hubiera encantado poder ver su cara en aquel instante para interpretar cada una de las emociones que él estaba experimentando. Pero no tuve tiempo de pensar nada más porque enseguida sentí cómo sus manos se aferraban a mis caderas, volvía a colocar su sexo en la entrada del mío y empujaba de nuevo con toda su energía. Consiguí llegar tan adentro con aquel movimiento que arqueé mi espalda tanto como pude para retenerlo. Sin embargo,

David no estaba dispuesto a darme lo que yo ansiaba, por lo que volvió a salir de mí casi con la misma rapidez. Cuando volvió a entrar lo hizo aún más fuerte. Yo sólo pude gritar. Aquella mezcla de placer y dolor me sorprendió pero también me gustó más de lo que hubiera podido imaginar.

David empezó a marcar un ritmo casi enloquecedor. Apenas tenía tiempo de recuperar el ritmo de la respiración entre una embestida y otra. Lo único que podía hacer en aquel instante era apoyarme en a la pared que tenía delante y seguir disfrutando del placer que estaba sintiendo. Oía su respiración entrecortada pero, una de las cosas que más me excitó fue sentir el aliento cálido de él sobre mi nuca. A escasos centímetros de mi piel tenía la boca de David quien, a medida que se hundía en mi interior también me mordía ligeramente en la misma parte del cuello una y otra vez. Era como si de algún modo deseara marcarme.

De repente me sentí inmersa en un juego de rol en el que él tenía todo el control de la situación y yo simplemente me limitaba a dejarme hacer. En los últimos tiempos, y debido a las cosas que había vivido, no se me daba especialmente bien acatar órdenes de nadie pero, en aquel instante, me sentía completamente en manos de David, a merced de cualquier cosa que él deseara hacer conmigo y sin poder negarme a nada. Y me gustaba. En realidad... Me estaba volviendo realmente loca de placer. Me abandoné por completo a su voluntad. Cada vez que le sentía entrar en mí pensaba que no iba a poder resistirlo más. Pero me equivocaba. Cuanto más duro era conmigo, más ganas tenía de que todo aquello siguiera adelante.

No tengo ni la menor idea de cuánto tiempo permanecemos así. Él enganchado a mis caderas y yo simplemente absorbiendo todo el placer del que era capaz. Las piernas apenas me sostenían pero, por suerte, las manos todavía eran capaces de sujetarse en la pared. No quería moverme por nada del mundo. Era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera en aquel sexo tan intenso y duro que David me estaba proporcionando. Poco a poco sentí que el placer se concentraba en la parte baja de mi vientre. Apreté los ojos con fuerza y traté de moverme todo lo rápido que el peso de David sobre mi cuerpo me permitía. Deseaba que el orgasmo que se estaba fraguando en mi interior y que prometía ser devastador. Lo ansiaba. Lo necesitaba y, como casi todas las cosas de mi vida,

lo quería ya. Traté de apretar los músculos del interior de mi sexo alrededor de su pene para acelerarlo todo. Pero no era eso lo que David quería.

En el mismo instante en el que notó que yo estaba a punto de correrme salió de mi interior. Un gemido lastimero a modo de protesta se escapó de mi boca. Cómo era posible que me hiciera aquello en un momento como aquel. ¿Acaso quería matarme? Cogí aire dispuesta a manifestarle mi descontento y confusión, pero no tuve tiempo de articular palabra. Con la misma facilidad con la que David me había arrancado la ropa interior, tiró de mí y me obligó a ponerme de rodillas delante de él. Yo levanté la cabeza y le miré directamente a los ojos, tratando de averiguar de qué iba todo aquello. Lo que encontré en ellos no me dio la respuesta, pero sí hizo que me sintiera todavía más excitada si es que aquello era posible. Tenía todos los músculos de la cara en tensión. Una mezcla de deseo contenido, rabia y autocontrol que nunca había visto. Confiaba lo suficiente en él como para saber que no iba a pasar nada que yo no quisiera, pero no tener claro en qué estaba pensando era algo que me desconcertaba y me aceleraba por partes iguales.

Sin dejar de mirarle desde el suelo alargué las manos. No sabía si eso era lo que él deseaba en realidad, pero sí que era lo que mi cuerpo ordenaba que hiciera. Mis dedos temblorosos por el deseo rozaron su ropa interior. Sin apartar la vista de sus ojos coloqué las manos sobre la cinturilla de sus *boxers* y me deshice de ellos con un rápido movimiento. El color de sus ojos se intensificó al notar la seguridad con la que yo trataba su cuerpo a pesar de estar de rodillas. Todavía se hizo más oscuro cuando sostuve su miembro entre mis manos y me limité a acariciarlo de arriba abajo ejerciendo la presión justa en el punto adecuado.

David me observaba desde lo alto con los labios entreabiertos y una sonrisa enigmática dibujada en el rostro. No sabía qué era lo que más le divertía. Si el hecho de tenerme en aquella postura o que yo, a pesar de la situación, me empeñara en tratar de recuperar cierto control. Acerqué su sexo a mi boca con toda la lentitud de la que fui capaz y lo introduje poco a poco. Él dejó escapar un gemido y yo sonreí para mis adentros. Era probable que él estuviera al mando de la situación pero, en aquel momento concreto, era yo la que mandaba. Deslicé los labios

todavía más alrededor de su sexo y me concentré en presionar con la boca a lo largo de todo su miembro. David tensaba las piernas cada vez más y, a medida que lo iba haciendo, yo incrementaba el ritmo hasta convertirlo en algo intenso, duro e incluso frenético.

En un momento determinado él me cogió del pelo y tiró de mi cabeza hacia atrás, obligándome a sacar su sexo de mi boca y dejándolo a escasos centímetros de ella. Yo me moría de ganas de volverlo a saborear, pero David, con aquel simple gesto y con la mirada que me estaba dedicando, me tenía completamente inmovilizada.

No dijo nada. Tal y como había hecho con anterioridad, con un rápido movimiento me levantó del suelo. Casi con la misma agilidad puso sus manos sobre mis nalgas y me cogió en brazos. Yo me enrosqué a él y empecé a besarle el cuello casi con desesperación. David subió las escaleras como pudo y, con una gran delicadeza a pesar del esfuerzo, me dejó caer sobre la cama. Le observé mientras se deshacía por completo de toda su ropa. Por un momento estuve tentada de esperar a que fuera él quien me desnudara, pero estaba tan excitada que no podía resistir mis ganas de sentirle piel con piel, de modo que le imité. Me desnudé y sólo me dejé puesto el sujetador. Me alegré mucho de haber escogido un conjunto sexi para aquel día porque la ocasión desde luego lo merecía.

Levanté la cabeza y me di cuenta de que David me observaba de pie junto a la cama. Sus ojos y toda la expresión de su rostro dejaban más que claro cuánto me deseaba en aquel momento. Pero había en ellos también algo diferente. Una emoción que, aunque creía saber lo que significaba, en el fondo no me apetecía afrontar. Durante unos segundos aparté mis ojos de los suyos y me deleité en observar aquel cuerpo perfectamente definido. Me centré de forma especial en sus abdominales y en cómo se marcaba cada músculo hasta la línea del pubis. Luego mi mirada fue directa hasta su espléndida erección y noté una descarga de deseo entre mis muslos al tiempo que un gemido se escapaba de mi boca. De forma casi automática me mordí el labio inferior y le miré del modo más provocativo que pude.

Su reacción no se hizo esperar demasiado. David se colocó de rodillas justo delante de mí. Con un gesto fuerte pero delicado

al mismo tiempo, me separó las piernas, lo que provocó que toda mi piel se erizara y que la respiración se me acelerara. A continuación paseó su mirada por cada centímetro de mi cuerpo haciendo que me encendiera todavía más. Casi sin darme cuenta mis caderas se movieron ligeramente cuando posó sus impresionantes ojos azules en mi sexo y, de nuevo, volvió a sonreír.

—¿Tienes prisa? —dijo con un tono de voz tan sensual que me dejó al borde del orgasmo.

—No... —respondí con la respiración entrecortada.

—Mejor, porque no voy a dejar que salgas de esta habitación al menos hasta mañana.

Volver a escuchar aquel tono de voz hizo que de forma involuntaria intentara apretar mis muslos pero él fue más rápido que yo y me sujetó las rodillas con fuerza para que no pudiera hacerlo. Traté de protestar pero las sensaciones que todo aquello me estaba produciendo eran tan intensas que pensé que lo mejor sería disfrutar de ellas y dejarme llevar. David se dejó caer sobre mí y enseguida el tacto de su piel sobre la mía provocó que todo mi cuerpo empezara a temblar. Tan sólo hacía un par de días que no nos habíamos visto, pero fue entonces cuando me di cuenta de cómo mi cuerpo le había echado de menos y, sobre todo, cuánto le había necesitado. Sentirle tan excitado sobre mi sexo fue otra de las sensaciones que quise saborear con toda la intensidad posible, pero él, que se había dado cuenta de lo que estaba sucediendo, enseguida se movió lo suficiente para impedir la fricción que se estaba produciendo entre nosotros.

Gemí de nuevo, y lo volví a hacer cuando David sujetó mis muñecas con una de sus enormes y perfectas manos me obligó a colocarlas por encima de la cabeza. Él me seguía mirando de un modo que hacía que todo mi cuerpo reaccionara con una intensidad bastante nueva para mí. Por supuesto, siempre que él me observaba conseguía hacerme sentir un montón de cosas. Desde mariposas en el estómago hasta unas enormes ganas de dejarme ir sin pensar en nada más. Pero nunca había visto en él aquella necesidad de controlarme, de hacerme suya, de quererme hasta un punto que yo no podía o no quería comprender. Poco a poco David empezó a pasear la lengua desde mi garganta hasta justo el inicio de mi pubis. Se detenía cuanto quería en los lugares que a él más le apetecían. Así, durante un buen rato se dedicó a

torturar mis pezones por encima de la tela del sujetador. Primero uno, luego otro. Cada vez que notaba su saliva sobre esa parte concreta de mi cuerpo toda mi espalda se arqueaba y el placer se iba concentrando más y más entre mis muslos. Luego descendió por el vientre, el ombligo, las caderas, en las que no sólo dejó el rastro de su saliva, sino que también las marcó suavemente con los dientes.

Yo me esforzaba por mantener las piernas abiertas y el control de mi respiración, pero era casi imposible porque, cuando creía que empezaba a ser capaz de asimilar todo el placer que él me estaba proporcionando, David decidía cambiar el ritmo. De aquel modo me obligaba a debatirme de nuevo entre la orden clara de no moverme que me había dado y lo que mi cuerpo deseaba en aquel momento.

Lentamente todo se hizo más intenso y podía sentir el calor y la humedad de su lengua perfectamente. Noté cómo mis piernas empezaban a temblar. Estaba haciendo tanto esfuerzo para no cerrarlas ni moverme que no me había dado cuenta de la presión que estaban soportando. Aunque no le veía, pude notar cómo David sonreía al darse cuenta de lo que me estaba sucediendo. Tenerme casi al límite le estaba encantando y tenía que reconocer que a mí también. Durante un buen rato él se limitó a acariciarme desde el nacimiento de mi sexo hasta el interior de los muslos. Y cuando pensaba que me iba a dar lo que yo quería volvía a subir para empezar de nuevo. Me estaba castigando y lo estaba disfrutando. Yo lo único que podía hacer era esperar a que llegara el momento en el que por fin David decidiera darme lo que yo tanto deseaba.

A medida que fueron pasando los minutos, las caricias de su lengua mucho más intensas, al tiempo que aumentaba la presión que su mano ejercía sobre mis muñecas. Yo era consciente de que no podría resistir demasiado tiempo sin tener uno de esos orgasmos tan intensos que él siempre me procuraba. Aun así me esforzaba por reprimir las ganas de abandonarme por completo al placer. No duraría mucho más y David supo leer perfectamente lo que estaba pasando por mi mente porque, sin mediar palabra, hundió dos dedos en mi interior. Su movimiento me pilló del todo desprevenida. Sentirle entrar en mí con aquella fuerza y determinación fue todo lo que necesité para dejar que un todo

estallara en mi interior. No hizo falta que él se moviera. Tampoco necesité hacerlo yo porque, en el mismo instante en el que David entró en mí, exploté. Sentí cómo el placer se extendía desde el centro de mi sexo hasta la nuca y luego me recorría el resto del cuerpo hasta dejarme casi sin aliento. Un intenso gemido de placer lo llenó todo y, por un momento, pensé que había perdido la capacidad incluso para respirar.

A David no le pasó en absoluto desapercibido el hecho de que estaba ejerciendo toda la presión posible sobre los dos dedos que había en mi interior y que, incluso después de haber alcanzado aquel primer orgasmo, mi cuerpo seguía tan tenso y lleno de deseo como al principio. Aún podía sentir los últimos restos del orgasmo repartidos por todo mi cuerpo cuando él repitió el mismo movimiento. Sólo que en esta ocasión al tiempo que me penetraba hizo girar los dedos en mi interior. De forma automática arqueé la espalda y empecé a deslizarme sin control alguno sobre sus dedos sin importarme la orden que él me había dado al principio. En aquel momento no estaba para pensar ni para satisfacer algo más que no fuera mi propia necesidad de sentirlo dentro de mí. Así que me enfrasque en un ritmo frenético hasta que un orgasmo todavía más devastador que el anterior me dejó casi sin poder moverme.

Cuando recuperé la capacidad de razonar me di cuenta de que David me volvía a mirar a los ojos y sonreía. Yo se la devolví sin dejar de sentir un intenso hormigueo entre las piernas. Desde luego no era la primera vez que tenía más de un orgasmo seguido, pero sí que me estaba sorprendiendo el hecho de que cuanto él más me daba, más necesitaba mi cuerpo para satisfacerse. Abrí la boca para pedirle que siguiera, pero él me colocó el dedo índice sobre los labios y con sus ojos me hizo saber que no había palabras que yo pudiera decir en aquel momento. A continuación abrió la mano y dejó mis muñecas libres no sin antes observarlas con detenimiento. Di por hecho que estaba buscando alguna marca. Los dos reímos al ver que todo estaba en orden.

David se acercó lentamente a mis labios y yo me estremecí entera. Necesitaba que me besara. Después de todas las emociones que acababa de experimentar deseaba con urgencia tener su boca pegada a la mía. Cerré los ojos en el mismo instante en el que sentí cómo su lengua se abría paso hacia el interior de

mi boca. Su aliento fresco y dulce al mismo tiempo me llenó por completo. Sentir su lengua buscando la mía hizo que me volviera a encender y, con las manos ya liberadas, pude acariciar su espalda mientras nos perdíamos uno en la boca del otro. Al principio nos besamos despacio, con ternura, con cariño. Yo estaba completamente extasiada con lo que acababa de vivir. Pero, a medida que nuestras lenguas se fueron enredando se nos hizo más urgente la necesidad de saborearnos, de tenernos mucho más cerca de lo que ya estábamos. David fue el primero en clavar los dientes sobre mis labios. Era perfectamente consciente del efecto que aquello causaba en mí. Enseguida volví a notar cómo el corazón se me aceleraba y todo mi cuerpo le buscaba. No esperé a que él hiciera nada más y con toda la energía de la que fui capaz me senté sobre la cama. Él me observó y yo le sonreí mientras con una mano le empujaba suavemente el torso hacia atrás.

Él se dejó caer sobre la cama y, una vez más, admiré su cuerpo perfecto. De forma casi automática me mordí el labio y sentí una descarga de deseo bajo mi vientre. No me lo pensé dos veces. Me senté a horcajadas sobre él y le miré con una mezcla de timidez y atrevimiento que provocó que David dejara escapar un intenso suspiro. Su sexo estaba apenas a unos centímetros de la entrada del mío. Era consciente de lo excitados que estábamos los dos, pero sabía que, en aquel momento, yo tenía todo el control de la situación, y quería aprovecharlo. Me sentía confiada, mojada pero, en especial, poderosa. Tener a David a mi merced de aquel modo estaba sacando a la luz mi lado más oscuro y, al mismo tiempo, oculto. Llevé mis manos hacia la espalda y con una lentitud digna de un estriptis empecé a quitarme el sujetador. A medida que la prenda se iba deslizando por mi cuerpo los ojos de David se entrecerraban un poco más al tiempo que podía sentir perfectamente su sexo palpar justo a la entrada del mío. Me encantaba aquella sensación y, al mismo tiempo, me desinhibía por completo.

En aquel momento me sentía sexi, poderosa, fuerte. Estaba convencida de que era una diosa del sexo y que sólo yo podía darle a David lo que necesitaba. Cuando el segundo de los tirantes del sujetador se deslizó por mi hombro él gimió con una voz mucho más ronca y alargó la mano para tratar de acariciarme. Pero se lo

impedí obligándole a dejar la mano junto a su pecho. Él me miró sorprendido, pero no dijo nada. Sólo volvió a respirar profundo cuando comprobó con sorpresa cómo yo me llevaba dos de mis dedos al interior de mi boca y los lamía muy, muy despacio. De forma casi automática David paseó la lengua por encima de sus labios y levantó ligeramente las caderas buscando entrar. Yo me apoyé sobre su vientre y se lo impedí. Seguí mirándolo cuando dirigí mis dedos húmedos hacia mis pezones y los pellizqué.

—Marga... Me vas a matar —dijo con la voz entrecortada por el deseo.

—Esa es la idea —respondí con mucha más serenidad de la que en realidad sentía.

Repetí un par de veces más aquel gesto y comprobé que, cuanto más abiertamente mostraba lo que me apetecía, muchísimo más excitados estábamos los dos. En cualquier otro momento hubiera sido casi imposible que me comportara de aquel modo. A pesar de haber avanzado mucho durante los últimos meses, todavía estaba cargada de una serie de manías y de pensamientos no muy positivos sobre mí. Sin embargo, en aquel momento, me sentía libre. Sólo estábamos David y yo en un momento concreto de nuestras vidas en el que todo era posible. Sentía la humedad resbalar por mis muslos y, cada vez que pellizcaba mis pezones, me acercaba un poco más a otro orgasmo. Me separé ligeramente. Alargué la mano y sonreí al sostener entre mis dedos su enorme erección. La coloqué a la entrada de mi sexo y me fui dejando caer lentamente sobre ella. A medida que David se abría paso los músculos de mi sexo se aferraban al suyo, produciéndome enseguida un montón de pequeños orgasmos que me estremecieron por completo. Cuando estuvo completamente en mi interior los dos nos quedamos quietos mirándonos a los ojos. Pude comprobar en aquel instante que David me miraba loco de deseo y de ganas de mí pero, al mismo tiempo, había en sus ojos una ternura infinita. Me estremecí, no por lo que vi en ellos, sino porque fui consciente de que yo le estaba mirando del mismo modo que él a mí. Algo cambió en mi interior. De repente ya no me apetecía sexo salvaje con él. No me bastaba con sentirle dentro de mí y dejar que me proporcionara uno, dos o cinco orgasmos más. Quería algo más. Ir más allá. Deseaba tenerle pero, por encima de todas las cosas, quería que él me tuviera a mí. Durante unos segundos me

quedé paralizada reflexionando sobre aquella emoción que, como casi todo en mi vida, me había cogido desprevenida. Sin dejar que saliera de mí apoyé la cabeza sobre su pecho firme y fibroso. Luego cerré los ojos. David me abrazó con fuerza, mientras con una mano me acariciaba el pelo y los hombros.

Estuvimos así sintiéndonos en silencio y sin decir nada. Pasaban por mi mente tantas cosas que decir y que hacer que no me decidía por ninguna de ellas. Al final fue David quien habló.

—¿Va todo bien?

—Sí —dije casi en un susurro.

—Mírame, por favor.

Obedecí. Separé mi cabeza de su pecho y mis ojos se encontraron con los suyos. Me sentí tan abrumada por todas las emociones que se podían leer en ellos que las lágrimas asomaron a mis ojos. Me costó entender cómo habíamos pasado del deseo más animal a aquel sentimiento tan profundo al que yo no me atrevía a ponerle nombre. David colocó sus manos sobre mi cintura y me acarició con suavidad mientras ninguno de los dos apartaba la vista del otro. Las caricias se extendieron hasta las caderas. Pero yo no podía pensar. Estaba perdida en la inmensidad de aquel azul tan mágico y especial. Poco a poco David empezó a moverse. Al principio era un leve balanceo. Como si ambos nos estuviéramos meciendo. La sensación que aquello me producía era increíble.

Yo apreté los muslos y respiré hondo mientras me dejaba llevar por un intenso orgasmo. Apenas me había rozado pero aquello era más que suficiente para dar comienzo a todo el cúmulo de sentimientos y sensaciones que vendrían a continuación. Me dejé arrastrar por el placer y, lejos de calmarme, me lancé a la carrera para obtenerlo todo de él. De experimentarlo todo de mí. Puse las manos sobre sus abdominales perfectos y aumenté el ritmo. Podía notar cómo entraba y salía de mí, el modo en el que me llenaba, la forma en la que me completaba. Seguía sin ser capaz de romper la conexión que existía entre sus ojos y los míos. Y así, perdida en él y en nosotros, usé toda mi energía para exprimir hasta la última gota de placer. Me rompí. Me vacié sobre él, en él, para él, por él. Y cuanto más convencida estaba de que no podía experimentar un placer mayor, más se afanaba David en demostrarme lo confundida que estaba. Me dejé llevar por uno, dos, tres... No

sé cuántos orgasmos más hasta que noté que todo su cuerpo se arqueaba bajo el mío. El sudor de ambos y la humedad que corría libremente entre mis muslos se mezclaban, provocando que toda la habitación no oliera simplemente a pasión o a deseo, sino que lo que allí reinaba en aquel instante iba muchísimo más allá. David apretó con fuerza sus manos sobre mis caderas y yo supe perfectamente cómo interpretar aquel gesto. Me lancé a disfrutar del placer de ambos, completamente convencida de que no podría con más. Sin embargo en cuanto David empezó a susurrar mi nombre mientras entraba y salía de mi cuerpo, la pasión se apoderó de mí. La parte baja de mi vientre empezó a desprender calor y juntos nos encaminamos hacia un orgasmo que nos dejó sin respiración, sin palabras, pero con los ojos anegados en lágrimas de pura felicidad.

Apenas sentía las rodillas. En realidad no sentía ninguna otra parte de mi cuerpo que no fueran mi sexo y el corazón que me golpeaba con fuerza en el pecho. Aun así encontré la energía suficiente para separarme de él. A los dos nos costaba respirar y estábamos completamente empapados en sudor. Me dejé caer a su lado y David alargó un brazo para atraerme hacia su cuerpo. No podía pensar en nada. Me sentía incapaz de procesar todo lo que había sentido durante los últimos minutos o tal vez horas. Había perdido por completo la noción del tiempo, del espacio y de todo. Intenté apartar de mi cabeza todas aquellas emociones, pero cada vez que intentaba concentrarme en el impresionante sexo que acababa de tener, los ojos de David y lo que había sentido al perderme en ellos volvían a mí. El llanto volvió a hacer acto de presencia pero, aprovechando que tenía la cabeza apoyada sobre su hombro y que él tenía los ojos cerrados, dejé que afloraran sin control alguno. Estaba completamente desbordada y feliz. Estaba viviendo uno de aquellos fugaces instantes de la vida en la que todo es perfecto y, lo más importante, lo estaba disfrutando sin temor alguno.

—Te quiero —dijo David mientras me acariciaba el pelo y me lo besaba suavemente.

Mi primer impulso fue abrir los ojos. El siguiente darme la vuelta para mirar la expresión de su rostro. Tenía los ojos cerrados y un semblante en el que se reflejaba una paz infinita. Ni siquiera se había alterado al dejar salir lo que sentía, al pronunciar

unas palabras que, hasta donde yo sabía por experiencia propia, significaban un paso más en una relación entre dos personas. Él las había dicho sin aspaviento alguno, sin artificio y sin necesidad de organizar nada especial. Me había querido como nunca antes y con aquello acababa de ratificar lo que yo también había sentido.

Volví a apoyar la cabeza en su hombro y permanecí en silencio con una sonrisa tonta dibujada en el rostro. Hacía unas horas, mientras hablaba con Óscar en un rincón de Paseo de Gracia, había llegado a la conclusión de que debía regresar a Benidorm porque le había prometido a alguien muy importante en mi vida que iba a regresar. Ahora aquella misma persona me acababa de decir lo que en realidad sentía por mí y yo, lejos de asustarme o de cuestionármelo todo, simplemente era feliz.